

—Ya ve usted, madre mía —dijo sonriendo Leopoldo— si soy un excelente doctor en medicina, puesto que con sólo mi presencia, alivio y curo a los desahuciados.

—En tu medicina tenía yo más fe que en todas las otras.

—Y ha sido tan eficaz, que voy a tener la dicha esta noche de acompañar al teatro a Clotilde, que sale por primera vez a presenciar un espectáculo público.

—La sola idea de que vas a pasar uno de los instantes más felices de la vida, me inunda el alma de placer.

—Usted no ha tenido la bondad de querer acompañarnos.

—Por ahora no, hijo mío.

—Manifestaban Inés, Clotilde y don Emilio tanto anhelo porque nos acompañase usted...

—Yo les agradezco mucho su atención, hijo mío; pero será otra noche; cuando esté de vuelta tu excelente amigo Núñez.

—A quien tengo que reprender cuando venga, porque no me ha escrito desde que se fué, y creo que ya es tiempo de que haya llegado a la gruta de Cacahuamilpa.

—No habrá tenido tal vez oportunidad.

—No le disculpe usted, madre mía, cuando sabe el cuidado con que quedé, pues conozco la gruta, y sé que el descuido de no llevar un buen guía y las suficientes hachas, es suficiente para que no se acierte a salir de ella.

—Pero Núñez tendrá guía y provisión de hachones.

—Como es un temerario, temo muchas veces que se haya resuelto a penetrar solo.

—No lo creas; Núñez, aunque de un valor extraordinario, no es imprudente.

—Pero es lo cierto que no ha escrito, y que en vez de tener consuelo de recibir noticias tuyas, cuento el sentimiento de que haya llegado hoy el señor Duval.

—¿Está ya aquí?

—Sí; llegó esta tarde, y también nos acompaña al teatro.

—Eso poco debe importarte ya, puesto que está resuelto que Clotilde sea tuya, y él ha renunciado a su mano.

—Sin embargo...

—¿Y a dónde se fué?

—Lo ignoro; porque no tuve la curiosidad de preguntárselo a don Emilio. Ya usted ve, pues, si compensa la llegada de mi antiguo rival la falta de cartas de mi mejor amigo.

—Cierto que no. Pero van a dar las ocho, hijo mío, y te esperan.

—¡Ah!, sí; me es tan grata la conversación de usted, y

estoy siempre tan atento a su lado, madre mía, que se me ha pasado el tiempo en un instante.

—¡Gracias, Leopoldo!

—¡Adiós, madre mía!

—¡Adiós! ¡que te diviertas y consagres un recuerdo a esta pobre anciana!

—No uno, sino mil, madre mía—dijo Leopoldo estrechando entre sus brazos a la amorosa anciana, con toda la fusión del amor filial—. ¡Sí, mil!, porque usted, madre mía, es para mí el tesoro de más valía que existe en la tierra..., el sér más amoroso y tierno de mi corazón...; sér, cuyo amor no puede suplir otro amor del mundo..., ni aun el de la mujer misma que idolatramos...

—¡Gracias, Leopoldo, gracias! —dijo la anciana profundamente conmovida—. Tus sentimientos son dignos y elevados, y Dios por eso los ha premiado, como premia el más generoso de los padres el acendrado amor de los hijos.

Y la anciana imprimió un beso en la frente de Leopoldo, que salió enviándole una mirada de cariño.

Aquella venturosa madre quedó bendiciendo a Dios, porque le había dado un hijo agradecido y amoroso, mientras éste, pensando en ella, acusando de ingrato a Núñez, y sintiendo encontrarse con Duval, se dirigió a la casa de Clotilde.

¡Acusaba a Núñez porque no le había escrito!

El lector ha visto a Núñez descender en la gruta de Cacahuamilpa, a un subterráneo, mientras Duval concibió la esperanza de dejarle allí sepultado, ganando con oro al mozo que le custodiaba.

¿Consiguió su inicuo objeto?

¿Quedó encerrado allí para siempre el generoso Núñez, que le había perdonado la vida?

## CAPITULO XIX

### Un momento de error

De rodillas, afligida, y en el más profundo recogimiento religioso, se ve a una hermosa mujer orando ante una preciosa imagen de la Madre de Dios, en el momento augusto de su soledad.

Un traje humilde y negro envuelve las gallardas formas de su cuerpo esbelto; en su sereno rostro, dulce y melancólico,

cólico como el recuerdo de un bien pasado, se reflejan el sincero dolor y la cristiana esperanza; de sus bellos ojos, dulces y apacibles como la luz del alba, ruedan abundantemente algunas brillantes lágrimas, que mojan silenciosas su angelical semblante; de sus carmíneos labios, frescos y suaves como las tersas hojas del clavel cuando ostenta las temblantes gotas del rocío, se elevan al trono del Señor dulcísimas palabras, demandando piedad y consolación. Sus redondas y blancas manos descansan enclavijadas y en actitud religiosa contra el pecho, y su mirada tierna y expresiva no se aparta un sólo instante del rostro celestial de la Virgen sin mancilla.

Al verla enlutada y de rodillas en la callada alcoba, envuelta en la tibia claridad de la escasa luz de una triste vela, próxima a acabarse, llorosa y abatida, orando fervorosamente ante la tierna Madre de los afligidos, parecía un ángel desterrado del cielo, que suspira por volver a la patria de los bienaventurados.

Al menos se debía creer que el mundo no le brindaba las gratas delicias y los seductores encantos con que halaga y seduce al hombre al poner la planta en el umbral de la risueña juventud.

Aquella mujer debía padecer, sin duda, y padecer horriblemente.

Y era realmente así.

Modelo de virtud y de pureza, con un talento claro y despejado, y un corazón recto y celoso de sus deberes, aquella mujer había cruzado el sendero de la vida, tranquila y serena, como un arroyo límpido por entre las flores que embalsaman la atmósfera.

Nunca hija más obediente y tierna concedió el amor a los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás esposa más amante y cariñosa condujo Himeneo al pie de los altares.

Antes de unir su suerte a la del hombre que interesó su alma, era el modelo que, como perfecto y digno de imitarse, presentaban los padres de familia a las jóvenes de su edad.

Enlazada al sér que escogió su corazón, fué dechado de amor y de fidelidad conyugal.

Entonces, como antes, la modestia y el candor acompañaban de continuo su gracia y su belleza. El encanto seductor de sus hechiceros ojos iba siempre cubierto con el velo de la dulce timidez y del cólico pudor.

Ella comprendía que el santuario del amor debe estar

decorado con los bellos atavíos del respeto, de la decencia, de la afabilidad y de la sencillez, si quiere ser dulce y duradero.

Conocía que la simple naturalidad era preferible a la afectación inventada por el arte, cuando la inocencia y la sinceridad del corazón acompañan a la primera; y que nunca otras palabras que las de la razón, regladas con la prudencia y el cariño, deben salir de los dulces labios de una esposa que quiere convencer por medio del agrado, que jamás ofende y que siempre persuade cautivando.

La falsedad y la intriga estaban proscritas de su alma noble y generosa, como bastardos recursos que manchan y afectan el corazón de la mujer, donde sólo deben andarse la ternura y la respetuosa ingenuidad.

Fiel observante de estos rectos principios, y amando a su esposo con toda la pasión de un alma virginal, su vida se había deslizado por largo tiempo tranquila y risueña, como la brisa leda por la tersa superficie de un dormido lago. Pero a aquella época de paz y de ventura, empezó a suceder otra de pesares y de inquietud.

El amado consorte, que se condujo al principio con la honradez y el cariño que le hicieron digno de la mano de aquel ángel, empezó a descuidar los asuntos de su casa de comercio, por entregarse a los de la política en que invertía gruesas sumas de su capital.

A las finas atenciones, al amor y a la deferencia hacia su esposa, reemplazaron la indiferencia, el despego y el abandono.

Al amor al trabajo, sucedió el amor al juego y la disipación.

La hermosa mujer, amante como en los primeros días de su unión, empleó todo su cariño y su talento, su afabilidad y su ternura, en atraer a su esposo a la senda del bien de que se había separado, pero nada alcanzó.

La política y el juego absorbían por completo el pensamiento de aquel hombre que empezó a odiar la virtud y el amor de su mujer; porque en aquella virtud y en aquel amor le parecía encontrar su reconversión a la opuesta conducta que él observaba.

Bien pronto las pérdidas tenidas en el juego y los fallidos planes de sus empresas políticas, arruinaron su casa de comercio, le hicieron presentarse en quiebra y le volvieron irascible y adusto con su esposa.

Nunca se acordaba de ésta, sino para arrancarle alguna

de sus alhajas y venderlas, con objeto de poner su importe al azar de una carta.

La desventurada consorte sufría y lloraba.

Su dulce y cariñoso carácter no era susceptible de otros sentimientos que de los de la compasión y el dolor.

Su alma, lejos de abrigar ira, indignación y celos, contra el que tan inicualemente correspondía a su cariño, sólo sentía la amarga pena de verse olvidada del ingrato que le negaba sus caricias.

Una noche recibió un recado de él en donde le decía que estaba preso por una conspiración en que le habían cogido, que al día siguiente debía salir desterrado del país, y que pensaba permanecer durante su destierro en Buenos Aires, su ciudad natal.

La hermosa mujer corrió afligida a verle y a decirle que le seguiría.

—Te lo prohibo expresamente —le contestó el adusto esposo—. No tengo dinero para llevarte. Además, quiero ir solo, porque muy pronto he de volver, si como espero, cae este gobierno. He escrito a un íntimo amigo, que te atienda en todo lo que necesites durante mi ausencia, y sólo te he llamado para despedirme de ti.

—¡Diego! ¡Diego! —exclamó llorando la inconsolable mujer—. ¡Tan odiosa te es ya mi compañía, que no quieres que participe de los trabajos que te esperan! Si te enfermas, ¿quién como yo cuidará de tu salud, de que nada te falte? Iremos a Buenos Aires, donde has nacido, o a España, si te place, al país que visitaste cuando tuve la dicha de conocerte, y donde aún me quedan algunos bienes, que bastarán a nuestra felicidad, si tú quieres que vayamos a vivir a él.

—Me incomodan tus lágrimas, Elisa —dijo con aspereza Diego—. Te he dicho que mi voluntad es que permanezcas aquí hasta mi vuelta, que será pronta, y no permito que me hagas observación alguna. Don Emilio Landeta se ha encargado de proporcionarte las cantidades que necesites para mantenerte decentemente durante mi ausencia, las cuales le serán pagadas después religiosamente, y sólo te toca obedecer. Por lo mismo, puedes ya retirarte, porque yo voy a descansar para ponerme temprano en camino. Adiós.

Y sin esperar que la infeliz le dirigiese la palabra, mandó al centinela que la mandase salir porque iba a entregarse al sueño.

Elisa sintió desgarrado el corazón con aquel inmerecido desprecio.

Amaba a su esposo, y ni una palabra de consuelo ni de amor le consagraba el ingrato al ausentarse.

A la vista de aquel terrible desengaño, el llanto bañó sus mejillas, y la amargura prensó su angustiado corazón.

Al siguiente día, cuando sola, abandonada y afligida, rogaba a Dios por la felicidad de su esposo, por su pronta vuelta y porque en su corazón se encendiese, con la ausencia, el amor apagado por la pasión del juego, entró a visitarla y a ponerse a sus órdenes don Emilio Landeta.

Era éste entonces un hombre de treinta y cuatro años, de gallarda presencia, de finos modales, de franca y expresiva mirada, de blonda cabellera, de distinguidas maneras y de amena conversación.

Al acercarse a Elisa se quedó admirado de tanta belleza y le expuso sencilla y cortésmente el objeto de su visita.

—No tenía —añadió después— la honra de conocer a usted: una buena amistad me ha unido siempre a su esposo. Antiguas relaciones de comercio con el honrado padre de Diego, que luego me recomendó a su hijo desde Buenos Aires, me han hecho que le consagre constantemente un aprecio verdadero, y que haya sentido sus desgracias en el comercio como si hubiesen sido realmente mías. Cuando tuvo la dicha de unirse a usted, me dió aviso desde España, de su feliz enlace, así como de su llegada al venir a México; pero tuve precisión de salir por mis haciendas en aquellos días, y como desde entonces hasta mi regreso transcurrieron algunos meses, me pareció extemporánea la visita, y me privé de la satisfacción de conocer a usted. Sin embargo, mis relaciones de amistad con Diego, a quien veía todos los días en su casa de comercio, continuaron con el mismo vigor, y a la noticia de su quiebra, le ofrecí mi bolsillo y cuanto yo tenía. Hoy, pues, que por motivos que lamento, se ha dignado ocuparme, considero como mi mayor felicidad poderle manifestar una insignificante parte de mi inmenso aprecio, obsequiando su deseo, y poniendo a disposición de usted doscientos pesos que recibirá usted todos los meses para atender a sus gastos, durante todo el tiempo que dure su ausencia.

—Esa cantidad es demasiado crecida, y puede reducirse a la mitad o a la cuarta parte. Ninguno mejor que usted conoce el estado que guardan los intereses de mi esposo, y yo, aunque agradezco en el alma la generosidad de usted,

no puedo aceptar una mesada que jamás se encontraría en disposición de pagar.

Don Emilio admiró la delicadeza y rectos principios de Elisa, y lamentó interiormente la desgracia de verla unida a un hombre que no sabía apreciar el tesoro de virtud y de belleza que poseía.

Aquel rasgo de sinceridad y de franqueza, manifestado con la modesta sencillez de un alma sin doblez y candorosa, cautivaron el generoso corazón de don Emilio, siempre dispuesto a practicar el bien.

Llevado de un deseo noble y franco en favor de aquella mujer, cuya suerte se le confiaba, pero temiendo a la vez que rehusase aceptar el servicio que anhelaba prestarle, pensó que, para vencer sus escrúpulos, el medio mejor y más expedito era fingir que tenía en caja fondos, que don Diego depositó en otro tiempo a rédito en su casa, única suma que se salvó del naufragio que sufrió el resto del capital.

Dominado por esta laudable idea con que abría la puerta a la admisión de su oferta, evitando todo motivo de sonrojo, contestó a las observaciones de la hermosa Elisa:

—Nada tiene usted que agradecerme. Yo no hago más que poner en manos de usted una ligera parte de la suma que su esposo de usted depositó en mi casa en época más brillante para él. De manera que, si algo le sobra a usted de los doscientos pesos que cada mes recibirá religiosamente, como me dejó encargado, usted tendrá la bondad de ir guardando la cantidad que sea para entregársela a mi amigo Diego cuando vuelva.

Elisa, que como hemos dicho, era una mujer de claro talento, comprendió la manera fina y delicada que había adoptado aquel hombre generoso para hacerle aceptar una mesada que la ponía al abrigo de todas las necesidades; y tratando de evitarle aquel sacrificio hecho en aras de la amistad, pero sin dar a entender que ponía duda en las palabras que con respecto a las órdenes de Diego le había dicho, hizo algunas observaciones que creyó justas y prudentes.

Don Emilio contestó a todas ellas con una amabilidad y dulce benevolencia irresistibles que, apoyándolas siempre en la supuesta orden recibida de Diego, acabaron por decidir a Elisa a que aceptase.

Don Emilio sintió en su corazón ese inefable placer, todo espiritual, que experimenta el alma después de haber practicado una buena acción.

Las desgracias, la hermosura y las virtudes de aquella mujer le habían conmovido, y sintió hacia ella, no esa pasión bastarda y sensual, que muere tan pronto como se realiza un deseo, sino ese cariño, tierno, puro, que cifra sus encantos en la felicidad de un sér angelical y desgraciado, en enjugar sus lágrimas, en aliviar sus penas, en recoger sus suspiros; ese cariño dulce, íntimo, desinteresado, siempre igual, siempre tranquilo, cimentado en los tiernos afectos de generosidad, de abnegación y de piedad que embellecen el alma de algunos seres que vindican a la humanidad de los terribles cargos de cruel y de egoísta.

Don Emilio salió satisfecho del servicio que acababa de prestar a la virtud, a la belleza y a la amistad reunidas.

Elisa quedó altamente agradecida a aquel favor con tanta delicadeza y desinterés prestado.

—Ahorraré cuanto me sea posible —exclamó enternecida al verse sola— para enviárselo a mi querido Diego, que necesitará más que yo de este dinero. ¡Sí; mucho más que yo, que de nada necesito más que de su cariño..., de su amor..., de saber que no es desgraciado! ¡Así verá que le amo..., que me intereso por él..., que no le olvido ni un instante...! Y cuando vuelva, cuando haya visto que todo mi anhelo, que todo mi afán ha sido el deseo de su bien, tal vez compadecido de mis lágrimas, se consagre a corresponder a mi ardiente pasión, como en los tiempos felices en que fui el centro de atracción de todas sus ideas, de todos sus deseos.

Así pensaba aquella virtuosa mujer que no había recibido de su esposo más que ingratitud y desprecio.

Don Emilio, cautivado del fino trato y agradable conversación de Elisa, no encontraba momentos de más placer que aquellos que llegaba a pasar en su grata compañía.

Al principio las visitas fueron cortas y en determinados días; pero cuando el trato continuó, el talento y la hermosura de la esposa de Diego se dejaron ver con más franqueza, aquéllas fueron más frecuentes y largas, hasta que acabaron por ser diarias.

La presencia de Elisa se había hecho para don Emilio una necesidad, pero una necesidad imperiosa del corazón.

Cuando algún negocio importante le impedía visitarla, estaba inquieto, triste, de mal humor, encontraba un vacío en su corazón que ningún objeto lo podía llenar.

Don Emilio se asustó con esta exigencia del alma.

El honrado amigo de Diego no pudo menos de conocer

con espanto, con vergüenza y con remordimiento, que amaba a la mujer del hombre que le había encomendado su honra y su buen nombre.

Reprendíase a sí mismo de su debilidad, se proponía arrancar aquel sentimiento bastardo del corazón y no volver a presentarse en casa de Elisa; pero sus resoluciones cedían al imperio de la frágil naturaleza, y a poco de haber creído tomar una resolución invariable, la quebrantaba sin poder resistir el deseo de verla.

La esposa de Diego ignoraba lo que pasaba en el corazón de aquel hombre que, conociendo los sagrados deberes que le imponía la amistad, se guardaba muy bien de manifestar el fuego criminal que le abrasaba. Así es que, viéndole siempre respetuoso, atento y servicial con ella, llegó a cobrarle ese sincero cariño que engendra la gratitud y que nos hace apreciable la compañía de la persona en quien se ven reunidas las bellas cualidades.

Sin embargo, la pasión de don Emilio era cada día más vehemente, más terrible, más intensa. Amaba a Elisa con toda la energía, con toda la fuerza, con todas las veras de su alma, y la llama de su amor no podía permanecer por más tiempo oculta.

Don Emilio, en uno de aquellos momentos en que el corazón reventando de amor y de pena rompe los diques de la consideración y el temor, se arrojó a los pies del ídolo que embellecía su existencia, y le confesó su inextinguible pasión.

Elisa, asombrada de aquella declaración, le hizo presente con la mayor dulzura el deber que de respetarla se había impuesto al aceptar el cargo de su amigo que le confiaba la prenda que tiene en más estima su esposo.

—¡Ah!, sí... —exclamó don Emilio arrebatado por el delirio de amor—. ¡Conozco que soy el hombre más criminal del mundo...; un miserable que abusa de la confianza que ha inspirado al más leal de los amigos...! Pero ¡ah!, perdóneme usted, Elisa..., perdóneme usted, por piedad. ¡Yo había hecho esfuerzos inauditos por ahogar en mi pecho esta pasión que insensiblemente se ha ido enseñoreando de toda mi alma, de todo mi sér, de toda mi existencia! Pero el volcán encerrado en mi pecho, que me abrasaba, que me consumía, tuvo que hacer la explosión..., tuvo que arrojar la lava que le devoraba. Sí; yo tenía una necesidad imperiosa de expresar lo que sentía..., porque el silencio me prensaba el corazón, me ahogaba, me hubiera matado... Era preciso que dijera a usted que la adoro..., que la ido-

latro con toda la fuerza de una pasión inextinguible, verdadera; con la energía, con el delirio con que se ama por primera vez..., porque usted es Elisa, la primera mujer que yo he amado...; la primera que ha interesado mi corazón...; la primera que he visto bella y virtuosa, como los ángeles del cielo. Porque usted es el encanto de mi existencia..., la visión perfecta, aérea, vaporosa, que me presentaba en sueños la imaginación como al sér predestinado por Dios para que yo amase..., para que viviese con el balsámico aliento de su hechicera boca, con la luz de sus divinos ojos..., para que me embriagase con su seductora mirada..., con la dulce armonía de su acento..., para que nuestras almas, henchidas de amor, se mezclasen, se confundiesen..., se enlazasen para no separarse jamás..., para formar una sola..

Y los ojos de don Emilio estaban cubiertos de lágrimas, de ternura y de amor, al pronunciar estas palabras.

Elisa le volvió a suplicar con una voz más dulce que la brisa matinal, que dominase el devorante fuego de su desgraciada pasión; que le compadeciera, que le perdonaba, pero que le pedía, en nombre de la amistad, en nombre de aquel mismo amor que decía consagrarle, respetase la memoria del desgraciado Diego, a quien nada quedaba sobre la tierra, más que el amor y la virtud de su esposa.

Don Emilio, contenido por aquella súplica dulcificó sus palabras, suplicó que no le retirase su aprecio por la declaración que, arrastrado de la ardiente pasión que le devoraba, acababa de hacerle, y se despidió triste y abatido, llevando en su pecho más que nunca grabada la imagen de aquella mujer que atesoraba en sí sola todos los tesoros de su sexo, y en cuyo rostro celestial se veían admirablemente combinadas la modesta sencillez y la respetuosa dignidad, el claro talento y la candidez del alma, la inocencia y la capacidad, la franca urbanidad y la moderación de la virtud.

Atraído por las seductoras gracias de aquella mujer, don Emilio continuó sus visitas con el mismo afán, con el mismo empeño, revelando en su semblante los sufrimientos del corazón, y en sus melancólicas miradas la pasión íntima y la terrible agitación de su abrasado pecho.

Entretanto, don Diego, entregado en su destierro al detestable vicio del juego, no tenía para su hermosa mujer ni una palabra de cariño ni de gratitud. Desde su partida no le había escrito, y Elisa lloraba por el olvido de su in-